

en contra suya todas las potestades del abismo. Los demonios, á quienes no cesa de combatir, oponen guerra contra guerra; y emplean para perderle el medio que los ha perdido á ellos; se esfuerzan en inspirarle vaná complacencia, estima de su propia dignidad y sacan partido de todo para tentarle; de las muestras de respeto debidas á su carácter, de las funciones santas que ejerce y por las cuales se ve propuesto como modelo y doctor de los fieles y constituido en juez de las conciencias.... ¿Dónde, dónde está en medio de tantos peligros, la seguridad del sacerdote? En su humildad: *Custodiens parvulos Dominus: humiliatus sum, et liberavit me* (1). *Humilitas tutissimus et omnium virtutum thesaurus* (2). *Humilitatem dilige, et nunquam diaboli laqueis capieris* (3).

Si amo á Dios, si amo á mi prójimo, y si algún amor me tengo á mí mismo y deseo mi salvación eterna, es menester á toda costa que, siguiendo las huellas de Jesús, mi divino Rey, procure alcanzar la santa humildad. Quiero ahondar hasta el fondo de mis miserias, hasta dar con esta perla preciosa. ¡Ah! ¡Cómo debo confundirme y más que nunca ahora que estoy en el momento de subir al altar! ¿Quién soy yo ¡oh Dios mío! y cuál es el ministerio á que me preparo? *¿Quid cogitabo melius et salubrius, nisi meipsum totaliter humiliando coram te....? Ecce tu Sanctus sanctorum et ego sordes peccatorum. Ecce tu inclinas te ad me, qui non sum dignus ad te respicere* (4). ¡Oh buen Maestro! Lo que yo os pido para mí os lo pido también para todos aquellos sacerdotes que han de ofrecer hoy este temible sacrificio: *Miserere, miserere, Domine, da misericordiam tuam poscens; da gratiam indigentibus, et fac nos tales existere, ut simus digni gratia tua perfrui, et ad vitam proficiamus æternam* (5).

(1) Ps. CXIV, 6.

(2) San Basilio, c. XVII. *Constitut. monast.*

(3) San Efrén, *De recta vivendi rat.*

(4) *Imit.*, l. IV, c. II.

(5) *Ibid.*, c. IX.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para procurar la gloria de Dios.* No se puede alcanzar este primer fin del sacerdote sin un completo olvido de sí mismo y un entrañable amor hacia Dios que son dos frutos preciosos de la humildad. Para glorificar á Dios es necesario ser en las manos de Jesucristo lo que el pincel en manos del pintor; ahora bien, semejante docilidad es incompatible con el orgullo. Dios ha escogido al débil y al que cree en su debilidad, para confundir al fuerte ó al que cree serlo.

PUNTO SEGUNDO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para trabajar con fruto por la salvación del prójimo.* Debemos hacernos todo para todos; sólo la humildad con sus formas dulces nos abre los corazones. El mismo atractivo que encontró Jesús para bajar al seno de María y dar comienzo á la salvación del mundo lo hace bajar al corazón de los sacerdotes para continuar este misterio de misericordia: *Quia respexit humilitatem.*

PUNTO TERCERO.—*La humildad es necesaria al sacerdote para salvarse á sí mismo.* Sólo el fundamento de una perfecta humildad puede sostener el edificio gigantesco de la dignidad sacerdotal. *Tanto esse humilior quisque debet ex mune-re, quanto se obligatiorem esse conspicit in reddenda ratione.* En fin, todo género de peligros rodean al sacerdote y no estará seguro sino en la humildad: *Custodiens parvulos Dominus; humiliatus sum et liberavit me.*

MEDITACIÓN XIX

Repetición de las tres precedentes

Consiste la humildad en el menosprecio de sí mismo, por el conocimiento de su nada; en recibir con paciencia y aun con gozo los desprecios que uno merece por amor á la justicia y á la verdad. El conservarse con igualdad de ánimo cuando en un ministerio sublime uno obtiene feliz resultado, ó sale con

honra y admiración de todos: esta es la humildad propia de los hombres apostólicos.

- I. Nada en realidad más grande.
- II. Nada más indispensable.
- III. Nada más ventajoso.
- IV. Nada más justo y razonable.

PUNTO I

Nobleza y grandeza de la humildad

La humildad me proporciona la ciencia más elevada y más útil (1), la verdadera y dichosa libertad de los hijos de Dios (2). ¿Puede haber acaso hombre más vergonzosamente ignorante que aquel que no se conoce á sí mismo, más esclavo que el que está sujeto y acata la vana estima de las criaturas? Ella es la que me hace semejante á Jesucristo á quien San Pablo pinta con un solo rasgo: *Semetipsum exinanivit*. Si pues, me regocijo en medio de este anonadamiento que El ha escogido, puedo tener la seguridad de estar penetrado de los mismos sentimientos que mi Salvador, de que ostento su librea y vengo á ser como otro El. Lucifer había dicho: «Subiré, pondré mi trono sobre los astros, y seré semejante al Altísimo» y fué precipitado en lo profundo de los infiernos. Yo al contrario me humillaré, escogeré la abyección, y menospreciándome siempre, me asemejaré más y más á Dios, anonadado por mi amor: *Elegi abjectus esse* (3). *Vilior fiam plus quam factus sum* (4). Haciéndome partícipe de sus oprobios, me haré partícipe de su gloria. Así como la humildad es la escala por la cual Dios ha bajado á nuestra nada, del mismo modo por ella nuestra nada se eleva hasta Dios. Sin esta virtud ni tendríamos á Dios hecho hombre, ni al hombre hecho Dios.

(1) *Hæc est altissima et utilissima lectio, sua ipsius vera cognitio et despectio.* (Imit., l. I, c. II).

(2) *Si veritas te liberaverit, vere liber eris, et non curabis de vanis hominum verbis.* (Imit., l. III, c. IV).

(3) Ps. LXXIII, 11.

(4) II Reg., VI, 22.

PUNTO II

Necesidad absoluta de la humildad, especialmente para el sacerdote

Sin humildad soy por lo menos un sacerdote inútil. ¿Qué podré hacer para la gloria de Dios, para la salvación del prójimo, para mí mismo? ¿Seré acaso yo aquel á quien el Señor escogerá para llevar á cabo los designios de su misericordia en favor de las almas? ¡No, que sólo serviré para arrebatarse su gloria! Convertir, santificar, salvar las almas, son obras eminentemente sobrenaturales y divinas y el hombre de por sí no puede en esto nada. Jesús las realiza por medio de sus fieles ministros, revistiéndoles con todos los dones de su gracia; empero su gracia, es para los humildes y, lejos de prestar su ayuda á los orgullosos, les resiste.

Sin humildad soy un sacerdote desdichado: en continua guerra con mi conciencia y mi fe, desgarrado por los remordimientos, pronunciando cada día mi sentencia en las verdades que anuncio, en los consejos que doy.... ¿Qué espectáculo ofrezco al Cielo y á la tierra! ¿Podré por ventura no ruborizarme de ello? Un sacerdote vano, amante de la gloria humana, ávido de alabanzas, ansioso por los primeros puestos, delicado en punto de honor, adulator para con los grandes y desdeñoso para con los pequeños!... ¿Es este el representante de un Dios hecho hombre, hecho carne, de un Dios anonadado, hecho esclavo?

Sin humildad soy un sacerdote perdido. Todo se trueca en escollos, todo me conduce á mi perdición eterna. Los casos prósperos me hinchan, las contrariedades me desalientan; la aparente regularidad de mi conducta me adormece en una seguridad fatal; mis ficticias virtudes no son sino vicios; se ensalza mi celo y yo voy mendigando las humanas alabanzas. Y hasta los mismos dones celestiales llegan á serme perniciosos: el don de lágrimas, el de pro-

fecía..... serían para mí alma un veneno mortal. ¿Qué es pues, un sacerdote sin humildad? Es un ciego encargado de guiar á otros ciegos. ¿A dónde los guiará? ¿á dónde irá con ellos? Es un hombre que, por decirlo así, ni es cristiano, ni sacerdote, pues le falta la virtud más esencial al Cristianismo é indispensable al sacerdocio.

PUNTO III

Tesoros inapreciables que encierra la humildad

Me proporciona las más sólidas ventajas que puedo desear, ya para mí mismo, ya para aquellos cuya salvación me ha sido confiada.

1.º Nunca meditaré bastante estas palabras del piadoso autor de la Imitación? *Humilem Deus protegit et liberat. humilem diligit et consolatur; humili homini se inclinatur; humili largitur gratiam magnam, et post ejus depressionem levat ad gloriam. Humili sua secreta revelat, et ad se dulciter trahit et invitatur* (1). La humildad es aquella verdadera sabiduría, que nos proporciona todos los bienes: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa* (2). Como cristiano, como sacerdote, estoy continuamente en el campo de batalla, á derecha é izquierda, en el trabajo y en el reposo ¡cuántos enemigos en mí alrededor! y los más terribles están en mí mismo; pero si Dios es mi escudo y protector ¿á quien temeré? ¿No puede El acaso librarme de todo peligro, y arrancarme si así le place de las puertas del infierno? Y ciertamente así lo hará si yo soy humilde: *Humilem Deus protegit et liberat*. ¡Perderé la estima y afecto de los hombres!... ¿Y esto qué importa? ¡Seré amado de Dios! ¿No es esta acaso la mayor de las ganancias? Ser amado de Dios! ¡Ser el objeto particular de su ternura! Apóstoles, mártires, sacerdotes santos, elegidos de todas condiciones ¡qué no habéis hecho y padecido para

(1) *Imit.*, l. II, c. II.

(2) *Sap.*, VII, 11.

alcanzar esta dicha! La humildad me la proporciona: *Humilem Deus diligit*. ¿Me amedrentan las aflicciones y las pruebas más penosas para el corazón de un buen sacerdote al ver que son impotentes mis esfuerzos para la salvación de las almas? Dios me consolará. Años de abundancia sucederán á los de esterilidad; y si no llegare á tener el consuelo de conducir al redil las ovejas descarriadas, tendré, en cambio, otro más sólido, el de haber hecho la voluntad de mi Padre celestial; oiré de sus divinos labios que tiene en cuenta mis deseos, que ve correr mis lágrimas, que me ama!... ¡Oh, qué consuelo! *Humilem consolatur*. Pero yo he ofendido al Señor, yo con mi orgullo le alejé de mí, yo he caído en el abismo del pecado!... ¡Oh! qué espectáculo tan tierno al ver que si me humillo, Dios se inclina, se pone al nivel de mi miseria, se rebaja para enaltecerme! *Humili homini se inclinatur*, lo cual hizo decir á San Agustín esta pasmosa sentencia: que agrada más á Dios la humildad en el mal que el orgullo en el bien (1). ¿Qué me falta pues, si soy humilde? ¿la gracia? Dios me la prodiga: *Humili largitur gratiam magnam*. ¿La gloria? Sigue siempre á la humillación. *Post ejus depressionem levat ad gloriam*. ¿La ciencia que alumbra, la caridad que inflama? Dios me convida á unirme á El y me atrae con dulzura, revelándome algo de sus encantadoras perfecciones!... ¡Oh humildad dichosa! ¡De cuántas riquezas me haces partícipe! *Humili sua secreta revelat, et ad se dulciter trahit et invitatur*.

2.º Encontraré también en esta virtud el manantial de las bendiciones que fecundan el ministerio sacerdotal. Aquel que cree en mí, dice el Salvador, esto es, el que se apoya en mí, el que pone toda su confianza en mí, hará las obras que yo hago, y si cabe, aún mayores. En efecto ¿no es un hombre quien con un solo discurso convierte millares de personas, y con su sombra cura toda clase de enfer-

(1) *Plus Deo placet humilitas in malis factis, quam superbia in bonis.* (Homil. de Public. et Pharis).

medades, como hizo San Pedro, tan humilde después de su conversión? Dios confía los talentos más valiosos al administrador fiel, el cual no malgastará nada en el manejo de sus intereses. Pero si alguien se complace en los casos prósperos; si osa decir ó pensar: soy yo quien ha convertido este pecador, santificado este justo..... ¡ah, no espere este desgraciado una administración más importante! ¿Nos quedamos asombrados ante las maravillas obradas por un Vicente Ferrer, un Javier, un Vicente de Paúl y otros hombres apostólicos?... Eran humildes y amigos de Dios y, por lo tanto, los fieles depositarios de su poder. ¿Pueden acaso faltar nunca las promesas de Jesucristo? *Amen, amen dico vobis: qui credit in me, opera quæ ego facio et ipse faciet, et majora horum faciet* (1).

PUNTO IV

Justicia y razón de la humildad

Consideremos aquí esta virtud en lo que tiene de más difícil, pero también de más excelente; consideremos la humildad en la grandeza, el más bajo sentimiento de sí mismo en la más sublime elevación. Por la humildad Jesucristo atribuye á su Padre todas las maravillas que obra: *A me ipso facio nihil. Pater in me manens, ipse facit opera* (2): Por la humildad María reconoce ser la esclava del Señor en el mismo instante en que es escogida para ser su Madre, y más se confunde en su nada á medida que Dios la ensalza. Por la humildad San Pedro y San Juan, después de obrar un prodigio maravilloso dicen á los judíos que estaban llenos de admiración. ¿Por qué nos miráis con tanto asombro como si fuera por nuestra virtud que hemos hecho andar á este hombre? Es el Dios de nuestros padres que ha glorificado á su Hijo Jesús (3). En fin, por la humildad aquellos

(1) Joan., XIV, 12.

(2) Joan., VIII, 28.

(3) *Quid miramini.... aut nos quid intuemini, quasi nostra virtute aut potestate fecerimus hunc ambulare?.... Deus patrum nostrorum glorificavit Filium suum Jesum* (Act., III, 12, 13).

obreros evangélicos que nos legaron los más hermosos ejemplos, después de innumerables conversiones y rudos trabajos, se creían con sinceridad siervos inútiles.

Nada hay más justo que esta disposición. De la misma manera que la humanidad en Jesucristo era impotente para lo sobrenatural sino por su unión con la Divinidad, del propio modo los hombres apostólicos nada pueden sino por su unión con el Hijo de Dios. Yo soy la vña, vosotros sois los sarmientos; los sarmientos no pueden dar fruto sino en tanto que están en la vid, así tampoco vosotros no daréis fruto si no permaneciereis en mí (1). Así es que la justicia y la razón exigen que yo concluya diciéndome á mí mismo con San Pablo: *Ubi est ergo gloria tua?* (2). *Quid habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis?* (3). No, ni el que planta, ni el que riega es algo, sino Dios que da el incremento á todo (4). A Vos, pues ¡oh Rey inmortal de los siglos, Dios invisible, á Vos solo sea honor y gloria ahora y siempre: *Regi cæulorum immortalis et invisibili, soli Deo, honor et gloria in sæcula sæculorum. Amen* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—Nobleza y grandeza de la humildad. Nos da la ciencia más útil y rara que es el conocimiento de nosotros mismos. Hace de nosotros imágenes fieles de Jesucristo. Así como la humildad es la escala por la que Dios descendió hasta nuestra nada, así por ella nuestra nada se eleva hasta Dios. A la humildad debemos un Dios hecho hombre, y al hombre hecho Dios.

(1) *Palme non potest ferre fructum.... nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis* (Joan., XV, 4).

(2) Rom., III, 27.

(3) I Cor., IV, 7.

(4) I Cor., III, 7.

(5) I Tim., I, 17.

PUNTO SEGUNDO.—*Necesidad absoluta de la humildad.* Sin ella soy por lo menos un sacerdote inútil. ¿Qué podré hacer para la gloria de Dios, para la salud del prójimo, para mí mismo? Sin ella soy un sacerdote desdichado, en lucha siempre con mi conciencia y con mi fe. Sin ella soy un sacerdote perdido. Todo se cambia en escollo, todo me arrastra á la desdicha eterna.

PUNTO TERCERO.—*Tesoro que encierra la humildad.* ¡Oh alma mía! medita bien estas palabras: Dios protege al humilde y lo libra; ama al humilde y le consuela; se inclina hacia el humilde y le prodiga sus gracias. Después de la humillación lo eleva á la gloria, le revela sus secretos, le invita y atrae con dulzura á sí.

PUNTO CUARTO.—*Justicia y razón de la humildad.* Del mismo modo que en Jesucristo la santa humanidad nada podía sino en virtud de su unión con la Divinidad, así tampoco el hombre, sea quien fuere, nada puede sino por su unión con Jesucristo. ¡A solo Dios, rey de los siglos sea honor y gloria, ahora y siempre!

MEDITACIÓN XX

El Verbo encarnado nos enseña á apreciar y amar la pureza virginal

- I. Amor de Jesucristo á la virginidad.
- II. Motivos que nos obligan á amarla.

PUNTO I.

Cuál sea el amor de Jesucristo á la virginidad

Tres frases de San Buenaventura pueden darnos idea de esto: *Christus virgo, virginis filius, virginum sponsus* (1). Jesucristo virgen, Hijo de una virgen, Esposo de las vírgenes.

1.º *Cristo virgen.*—Cuando el Hijo de Dios se unió

(1) Lib. II, *De profect, relig.*, c. 53.

á nuestra naturaleza, la adornó en su Persona con una pureza á la cual no hay nada comparable.

Su alma bienaventurada al tomar absoluto imperio sobre un cuerpo que debía ser instrumento de tantas operaciones milagrosas, desde el primer instante de su concepción, no le sustrajo de nuestras debilidades ni de los sufrimientos ni de la muerte. Sobre este modelo se forman las almas vírgenes, quitando, por decirlo así, la carne á la carne misma para vivir sólo la vida del espíritu. Pero en tanto que ellas son vírgenes únicamente por la violencia que imponen á sus inclinaciones, la virginal pureza del Salvador le es tan natural como á la azucena la blancura. Ellas son puras sólo en cierto grado; El es absolutamente puro en infinito grado de perfección. Ellas no han podido levantarse por sus propias fuerzas á tan sublime condición; El sólo se ha elevado por sí mismo llevando en sí el principio de su pureza. En El no es un privilegio, sino la consecuencia necesaria de la unión hipostática: es el ornamento de un cuerpo deificado y más puro que todos los espíritus. Así pues, si El ama en sí propio esta virtud, la ama en todos aquellos que se le acercan, y debe ser tanto más perfecta cuanto más cerca se está de El.

2.º *Christus virginis filius.*—San León llama á Jesucristo hijo de la virginidad (1); y San Ambrosio nos dice que ha nacido de un modo enteramente virginal, ya en la eternidad, ya en el tiempo. El seno en el cual fué concebido eternamente es la divinidad de su Padre, y aquel en que fué formado en la plenitud de los tiempos es la virginidad de su Madre (2). María quiere rehusar la maternidad divina si no puede conciliarse con la promesa que tiene de permanecer siempre virgen, y esto es precisamente lo que ha fijado en ella la elección de Dios.

Para mostrar la estima que El hace de esta virtud, decretó eternamente que no bastaría el que su Madre

(1) *Christus virginitatis est filius.* (Serm. 1 in Epiph.)

(2) *Sinus Christi erat in Patre divinitas, in Matre virginitas.* (Serm. 28).